

Clásicos Modernos

Antón Retaco

María Luisa Gefaell



ANAYA

1.ª edición: febrero 2017

© Herederos de María Luisa Gefaell Goróstegui, 1958

© De la ilustración de cubierta: Albert Asensio, 2017

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2017

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-3389-6

Depósito legal: M-40696-2016

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Clásicos **Modernos**

Antón Retaco

María Luisa Gefaell



ANAYA

Índice

El bautizo de Antón Retaco	9
La función	21
Por los caminos	34
Antón Retaco en Villavieja	48
Los niños tristes	63
Del ancho mundo	75

EL BAUTIZO DE ANTÓN RETACO

A hora que ya he aprendido a leer y a escribir, quiero ■ 9
contar mi historia, para consuelo de los que son
pequeños, como yo.

Me pusieron de nombre Antón Retaco, y con Retaco
me he quedado, aunque a mi padre le llamaban Plácido
Recio y a mi madre doña Margarita Gorgojo.

Pero no me parece bien hablar, así de sopetón, de
mí ni en ellos; yo creo que una historia hay que empe-
zarla como es debido, por el verdadero principio. Voy
a probar:

Al principio había un señor muy grande, don Be-
nito Recio, que fue mi quinto abuelo. (No). Al princi-
pio había un río... (No, tampoco fue así). *Al principio
hizo Dios el cielo y la tierra.* (Así está bien; es el princi-
pio de todas las historias).

Dios padre hizo el mundo; lo hizo redondo, y lo soltó a dar vueltas por el aire. El mundo tenía tierra y agua, árboles, flores, bichos grandes y chicos, y luego, poco a poco, se fue llenando de gente, de hombres y mujeres de todos los tamaños y colores. Era un buen mundo.

10 ■ En el mundo había un pedazo de tierra que se llamaba España. Era una buena tierra. Mis abuelos los Recio pensaron que era una tierra muy buena para quedarse en ella, y vinieron por el norte. Mis abuelos los Recio eran grandes y fuertes, casi gigantes, y por eso los llamaron recios al llegar a España.

También mis abuelos Gorgojo pensaron que España estaba muy bien, y vinieron en un barco no se sabe de dónde. Los Gorgojo eran muy pequeñitos. Sí, voy a decirlo sin vergüenza: eran enanos. Parece cosa de broma o gran mentira; pero en el mundo ocurren a veces cosas así. Hay gente demasiado grande o demasiado chica, y hay quien tuvo abuelos extraordinarios sin haberlos buscado. Es lo que me ha pasado a mí, y por eso escribo mi historia, porque si fuera una historia corriente, no valdría la pena de contarla.

Decía que los Gorgojo eran una familia de hombrecillos y mujercitas muy listos, muy alegres. Les gustó España y andaban de pueblo en pueblo, dando funciones los domingos para que los aldeanos gastasen sus dineros alegremente, y gastándoles bromas de balde por el gusto de verles reír entre semana. Los

aldeanos tomaban a mal las bromas muchas veces, y otras confundían a los Gorgojo con los duendes y les tiraban piedras. Los Gorgojo se enfadaban entonces, no por las piedras, que casi nunca les alcanzaban, sino porque les tomasen por duendes, a ellos que estaban tan satisfechos de ser no espíritus de mentirijillas, sino personas de carne y hueso como las demás; y con la ventaja de tener mucho espíritu dentro de su poca carne (que ya se sabe que la carne es cosa ordinaria y enemiga del alma). Pero los aldeanos no querían comprender estas razones.

Mi quinto abuelo, don Benito Recio, vivía en un pueblo del país vasco. Era un hombre tan fuerte que llegaron a cogerle envidia los del pueblo. Hacían allí concursos entre los mozos, para ver cuál de ellos levantaba las piedras más pesadas o cortaba en menos tiempo los árboles más grandes. Don Benito los ganaba a todos, y los otros mozos empezaban a quererle mal. Por no buscarse peleas, don Benito, que era persona pacífica, como todos los de su familia, se marchó del pueblo y se colocó de atleta en un circo. Durante las funciones, levantaba con una mano pesas de cien kilos. Aquello le gustaba a la gente, yo no sé por qué, y el dueño del circo llamó a siete Recios más, primos de don Benito. Desde entonces fueron los Recios de pueblo en pueblo, como los Gorgojo, pero no se encontraron con ellos hasta pasados muchos años, a la orilla de un río.

Y ahora ya viene lo del río, que me gusta a mí mucho, porque allí nací yo.

Era el río Duero, y pasaba muy ancho entre dos orillas con árboles altos. Era en el mes de abril, y los árboles tenían hojitas brillantes y claras. Un buen río y un mes bueno.

En una orilla estaba parado el circo grande de los Recio, que venían de Zamora. En la otra orilla estaban los dos carros de los Gorgojo, que querían ir a Zamora. Y ni los Recio ni los Gorgojo podían pasar el río, por allí no había puente.

12 ■ Mi madre, Martita Gorgojo, que todavía no era mi madre, sino una señorita menudita y presumida, se puso un día a llorar.

—¡Yo quiero pasar el río, yo quiero pasar el río! ¡Quiero comprarme una cinta para el pelo en ese pueblo que hay allí enfrente!

Desde la otra orilla, mi padre, Plácido Recio, que no era mi padre todavía, gritó a doña Martita:

—¡No llores, niña, que yo te compraré la cinta y te la mandaré!

Mi madre se enfadó un poco; pero luego se echó a reír y gritó desde su orilla:

—¡No soy niña! ¡Soy doña Martita Gorgojo y tengo veinte años!

Plácido Recio, desde su orilla, se reía mucho:

—Si eres doña Martita y tienes veinte años, me casaré contigo.

Y doña Martita le advirtió:

—¡Qué vas a tener que casarte conmigo, grandullón!

Pero Plácido, desde su orilla, veía a Martita muy chiquitina, se reía y le compraba cintas de colores, y se las mandaba por encima del Duero con una paloma amaestrada.

Cuando llegó el verano, el río se quedó medio seco, y Plácido Recio lo atravesó en cuatro saltos. Doña Martita le vio venir, se puso en el pelo todas las cintas de colores y le dijo:

—¿Todavía quieres casarte conmigo, gran hombre?

Plácido la miró, pensando qué alegre y decidida era aquella mujercita, y le dijo:

—Me casaré contigo, Martita Gorgojo.

Los Recios subieron en sus hombros a los Gorgojos y los pasaron a la otra orilla, para celebrar la boda en el pueblo.

Después se fueron, los unos para Zamora, los otros hacia Extremadura. Y allí quedaron, junto al río, Plácido y Martita, con un carromato; el caballo Cascabilllo, para tirar del carro; la cabra Rubicana, que sabía trepar a una escalera; la mona Carantoña, que imitaba a mi madre bailando y haciendo volatines, y los perritos sabios Can-can y Tusó. Los domingos y otras fiestas hacían la función en la plaza del pueblo, y luego volvían a su carromato, que estaba entre los árboles de la orilla del Duero. Allí nací yo en una mañana de domingo.

Clásicos **Modernos**



Otros títulos de la colección

Las flores radiactivas

Agustín Fernández Paz



En la fosa atlántica, donde los países europeos vertieron residuos radiactivos hasta 1982, dos pesqueros descubren una gran mancha brillante que produce un misterioso resplandor en el mar. Cuando la OTAN envía barcos a examinar la zona, se descubre algo sorprendente que las autoridades ocultan en un intento de no alarmar a la población.

Alba, una chica gallega que se siente atraída por este descubrimiento, se irá adentrando en la investigación y hasta viajará a la zona con un grupo de ecologistas y periodistas. Una aventura que acabará teniendo repercusión mundial.

Mecanoscrito del segundo origen

Manuel de Pedrolo



Cuando Alba se tira al río para rescatar a Dídac, un chico mulato al que han empujado al agua, se produce un ataque alienígena. Justo en ese instante en el que Alba y Dídac están bajo el agua, el mundo, tal y como lo han conocido hasta entonces, deja de existir.

Cuando salen a la superficie, atónitos, descubren lo ocurrido y se van dando cuenta de que parecen ser los únicos supervivientes. Tras el *shock* inicial, la lucha se impone, hasta que ambos caen en la cuenta de que de ellos depende la construcción de un nuevo mundo y el preservar aquello del pasado que consideran importante, como por ejemplo los libros.

Alba y Dídac se convertirán en los nuevos padres de la humanidad porque decidirán ser el origen en lugar del final.

El ponche de los deseos

Michael Ende



Belcebú Sarcasmo y Tirania Vampir se disponen a preparar un ponche *genialcoholosatanarquiarqueologicavernoso* para celebrar el año nuevo. Se trata de un tipo de brebaje muy apreciado en los círculos de brujería por el poder que posee. Con este ponche, todos los deseos que pidan antes de las doce de la noche se cumplirán, pero al revés. Es decir, si piden que haya paz, habrá guerra.

Pero el gato de Sarcasmo y el cuervo de Vampir, que escuchan lo que se está tramando, buscarán una solución al maleficio para que el brujo y la bruja no se salgan con la suya.

El castillo encantado

E. Nesbit



Gerald, Cathy y Jimmy llegan a un jardín encantado donde despiertan a una hermosa princesa, que lleva dormida cien años. En realidad se trata de Mabel, la sobrina del ama de llaves, pero el jardín sí que está encantado, ¡y el anillo que se pone en el dedo tiene poderes mágicos!

Los niños descubrirán que tendrán que hacer uso de la magia para resolver los enredos en los que se verán envueltos.

Escrito en una especie de realismo mágico a la castellana, donde la autora dota a lo narrado de una enorme carga poética.

Antón Retaco es un niño muy pequeño de estatura, hijo de un gigante y de una enana. Su vida transcurre entre la fantasía de su padrino, el tío Badajo, la inocencia de su padre, Plácido Recio, y la visión más realista de su madre, Margarita Gorgojo.

Antón Retaco va creciendo mientras viaja, recorriendo los pueblos de Castilla, con su familia de titiriteros en un pequeño circo ambulante. Su meta es llegar al mar, y mientras tanto, durante el recorrido, va divirtiendo a las gentes que se va encontrando. El niño cuenta sus vivencias en una España de los años sesenta, y nos hace partícipes de la vida nómada del circo y de su descubrimiento del mundo.

Clásicos Modernos, una selección de los mejores libros juveniles para leer en el siglo XXI.

1579018

ISBN 978-84-698-3389-6



9 788469 833896

www.anayainfantilyjuvenil.com

REALISMO



ANAYA